

El fascismo en el siglo XX. Una historia comparada

■ Cristian Buchrucker
Buenos Aires, Emecé Editores, 2008, 270 pp.

Los movimientos fascistas en Europa surgieron en Estados-naciones concretos, cuyo análisis histórico, social y político encuentra, en cada caso, elementos singulares. Sin embargo –y particularmente a través de los ejemplos «clásicos»– se transformó en un fenómeno de impacto mundial.

El *fascismo clásico* –a través de los casos del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, que permiten definir un modelo genérico– surgió en Europa occidental como respuesta a dos «fin de ciclo» que, como crisis terminales, marcaron la evolución del sistema internacional: el orden de Viena –nacido con la caída de Napoleón y cerrado con la Primera Guerra Mundial– y la conjunción de cambios profundos, súbitos y violentos que caracterizaron los veinte años siguientes a los Acuerdos de Versalles de 1919; a saber: la crisis del orden liberal, las consecuencias económicas de la paz y la crisis del 30.

Desde una perspectiva comparada, con un abordaje multidimensional que le permite al autor escapar del peligro de explicaciones monocausales, muy presentes en los debates que dominaron la segunda mitad del siglo XX, el libro estudia el fascismo desde sus orígenes, en la primera postguerra, hasta la actualidad. Metodológicamente responde a un plan ordenado en torno a cuatro ejes orientadores: causas; potencialidad universal; ubicación de los ejemplos en relación con los legados doctrinarios y económico-sociales de corrientes clásicas (conservadurismo, liberalismo y socialismo) y proyección

contemporánea. En nueve capítulos Buchrucker desenvuelve este trabajo de investigación desde la prehistoria de los fascismos hasta la situación en la presente post Guerra Fría, pasando desde el momento de su emergencia, el análisis de los dos principales ejemplos y sus trayectorias, un breve estudio sobre otros movimientos y regímenes, similares o cercanos y unas conclusiones en las cuales confronta la ideología fascista con la democracia en el mundo contemporáneo.

Si bien los denominados «fascismos clásicos» ocupan la mayor parte de la obra, esta aporta también conocimientos sobre otros casos: Francia, Bélgica, España, Portugal. Los dos primeros, identificados como «protofascistas» o «protonacionalsocialistas», no tuvieron expresión en un gobierno concreto, como sí fue el caso de los segundos. Brevemente se presentan cuatro casos de Europa centro-oriental (Austria, Hungría, Rumania, Croacia); dos ejemplos latinoamericanos (Argentina y Brasil) y dos casos asiáticos (Japón, China), que completan el marco de referencia de los movimientos fascistas en el siglo XX.

El estudio comparado, particularmente en el caso de los dos *fascismos clásicos*, vincula de manera sistemática lo interno con lo internacional, cotejando ambos permanentemente. Esto permite una derivación muy importante, al establecer las «convergencias» que permitirían hablar del fascismo como un fenómeno genérico. Tanto el fascismo italiano como el nacionalsocialismo alemán surgen como fuerzas opositoras a las luchas sociales identificadas como «de izquierda». En ese sentido, ambos movimientos comparten una posición común en defensa de los intereses oligárquicos terratenientes y del gran capital industrial.

El fascismo italiano, fue una opción política que resultaba atractivo a las clases medias urbanas y rurales (p. 55). En el caso del nacionalsocialismo, sus componentes sociales estaban entre los latifundistas prusianos, los grandes industriales de la siderurgia y el carbón, una parte de los altos mandos militares y del mundo empresario (pp. 81-82). En ambos casos, el componente obrero no fue importante. Tanto en Italia como en Alemania la oferta ideológica de una misma familia política resultó especialmente atractiva para sectores de las clases medias urbanas y rurales; los grupos profesionales muy

vinculados al Estado y el sistema educativo, los veteranos de guerra y los varones jóvenes (p. 86).

Casi al pasar, el autor nos da una opinión que resulta fundamental para vincular a ambos fascismos con los sectores políticos conservadores de Italia y Alemania. Dice Buchrucker: «Las similitudes de la entrega del poder a fascistas y nazis fueron evidentes: siempre surgió de una negociación con los conservadores y después de que Mussolini y Hitler diesen numerosas pruebas de que los componentes aparentemente *socialistas* de su ideología no implicaban un ataque a la propiedad privada» (p. 87). Ambos se presentaban como contrarios al liberalismo, la democracia y el socialismo, pero defensores del gran capital.

La opción por la alianza de los fascismos y el revisionismo respecto del orden internacional también vincularon a los casos italiano y alemán. Ambos se presentaron como las «ideas superadoras» respecto del pasado y como una revolución internacional salvadora contra el peligro de las democracias liberales. El componente internacional común a ambos fascismos fue la percepción generalizada de que los nacionalismos autoritarios constituían la «ola del futuro», con lo cual proyectaban una idea de pan-fascismo o una «transnacional» fascista que, en los hechos, nunca llegó a concretarse. El antisemitismo, presente también en otros casos nacionales –aunque no en todos (por ejemplo, ausente en España y Portugal)– no consiguió tampoco transformarse en una idea movilizadora común y, si bien ambos fascismos clásicos se presentaban como la embestida contra el «Estado mundial internacional de los judíos», entre los aspectos importantes que los diferenciaban, estuvo el hecho de que el antisemitismo no fue relevante en el PNF italiano. De igual modo, la apelación y compromiso con un «nuevo orden» (mundial), acabó con la propia derrota de ambos Estados fascistas.

Ambos fascismos jugaron en la escena internacional gran parte de su legitimación interna, de la misma manera como se apreciaría más tarde también en tantos regímenes populistas y neo-autoritarios, incluyendo varios latinoamericanos.

El «espacio vital» que requería la nación para su supervivencia justificaba la guerra y esta era el camino para ocupar el supuesto espacio vital internacional que le correspondía a las

naciones alemana e italiana. La guerra era el camino para alcanzar el status de «gran potencia». Ni en Italia ni en Alemania existieron frenos institucionales posibles para impedir la decisión de guerra tomada por el respectivo líder y, si bien en Italia existió la *institución* del rey, este no intervino contra la decisión imperialista.

De manera general, el fenómeno fascista –tanto en los modelos clásicos como en los protofascismos– mantuvo ciertos elementos comunes, como el principio del liderazgo –la piedra angular de una teoría que pretendía consolidar la legitimidad del nuevo (o potencialmente futuro) Estado– y la representación, en la cual el movimiento es el líder; puesto que el primero no existe sin el segundo.

Es cierto que el *fascismo* surge como respuesta al internacionalismo proletario y revolucionario propuesto por Lenin, entonces impulsado desde el Estado bolchevique y para enfrentar la liga de naciones del idealismo kantiano, impulsado por el pensamiento de Wilson. Desde esta perspectiva, el «fascismo clásico» era contrario al socialismo y al comunismo, pero también al liberalismo: Sin embargo, ni el fascismo italiano ni el nacionalsocialismo fueron contrarios al *capitalismo*. Como dice Buchrucker en las «Conclusiones»: *la pretensión totalitaria que desarrolla el régimen fascista reserva una considerable autonomía a las élites del poder económico; al tiempo que respeta el statu quo de la propiedad privada.*

Si bien el autor señala algunas similitudes estructurales entre el proyecto totalitario del fascismo y el estalinismo, marcando también una aproximación de las prácticas de los aparatos represivos fascistas con las soviéticas –afirmación esta última con la que no estamos de acuerdo porque el mismo abordaje multidimensional del libro permite dejar de lado cualquier semejanza–, afirma con severidad la existencia de afinidades del fascismo con ciertas corrientes de derecha. Desde esta perspectiva, se distancia de autores clásicos del fenómeno fascista, como Renzo De Felice y Stanley Payne.

Uno de los aspectos más importantes de esta obra es su abordaje multidimensional, desde la perspectiva interna o doméstica, de ambos fascismos clásicos y su imbricación con las relaciones internacionales. Sin que el autor lo señale explícitamente, estas experiencias no hubieran sido posibles en

un contexto sistémico en el cual las «otras» grandes potencias no lo hubieran permitido. El componente «internacional» es tanto más importante en la medida en que los regímenes fascista italiano y nacionalsocialista alemán justificaban parte de su propia existencia en la proyección (expansión) territorial internacional de sus respectivos países.

Como resultado de la experiencia histórica y a pesar de los esfuerzos contemporáneos de grupos políticos y pensadores por crear vínculos transnacionales y promover un **revival** de la ideología fascista (que el autor trata en el apartado «Las redes transnacionales»), el fascismo no pudo reencarnar como régimen en ningún Estado.

El libro concluye con una interesante caracterización de lo que, finalmente, vinieron a ser las democracias estables del siglo XX, a la vuelta del impacto sistémico mundial que implicó el fenómeno fascista; cuya presencia, aunque contenida, no puede soslayarse. Como dice Buchrucker, «el mensaje fascista mantiene hoy su lugar en la marginal subcultura de extrema derecha que existe prácticamente en todos los continentes» (p. 230).

Como otros historiadores del fenómeno fascista –Payne, Nolte, De Felice– el autor incursiona también en la búsqueda de una identificación genérica del fascismo. Describe así al *fascismo clásico* a partir de sus elementos «prehistóricos», considerando los niveles nacionales de modernización económico-social; la existencia de subculturas dominantes antidemocráticas y anti-igualitarismo; el papel que jugaron en ambos casos los elementos vinculados a la historia de las relaciones internacionales (frustración colonialista; aspiración de ascender al rango de gran potencia) y la valoración que ciertos grupos políticos hicieron de los resultados y consecuencias que para las naciones fascistas tuvo la Primera Guerra Mundial.

Buchrucker toma posición frente a otros estudiosos del fenómeno fascista al señalar que «en la década de 1930 estos dos movimientos políticos habían establecido regímenes lo suficientemente afines para autodesignarse (y ser percibidos por otros) como pertenecientes a un mismo género o familia ideológica, a la que viene bien el rótulo de *fascista*» (p. 159).

Desde el punto de vista de los estudios internacionales, el libro cumple cabalmente su objetivo de ser una *historia* comparada, en la cual, junto con analizar y exponer los res-

pectivos contextos internos o nacionales, proyecta estos sobre el escenario internacional. Encontramos así, en esta historia comparada, un análisis del fascismo como fenómeno internacional, al proyectar sobre la política mundial el accionar de Estados que se convirtieron en *revolucionarios* porque se opusieron al statu quo sistémico y buscaron operar sobre este enfrentando los componentes básicos de la legitimidad de una estructura de poder mundial liderado por un grupo de grandes potencias, dentro de las cuales no figuraban ni Alemania ni Italia.

Al evaluar el legado del fascismo, en la perspectiva de su continuidad en el tiempo, se advierte que los fascismos y protofascismos no lograron proyectarse, de manera significativa, más allá de la desaparición de su respectivo líder. Esto salvo en el caso argentino, si consideramos al peronismo como un movimiento fascista lo que, a diferencia de otros autores (Payne, De Felice), Buchrucker no comparte.

La pregunta que queda es si los ejemplos del fascismo clásico y de los protofascismos constituyen una base empírica de la cual extraer una síntesis abstracta de lo que es el fascismo como una de las grandes «tradiciones de pensamiento» (liberalismo, conservadurismo, socialismo-marxismo). En este sentido, el libro constituye una excelente fuente analítica para que cada uno, en su propia evaluación, extraiga aquello que le permite explicar –al menos parte– de su tiempo histórico: pasado y presente.

Raúl Bernal-Meza